

## CAPÍTULO VIII

# LOS PUEBLOS DEL OESTE DE LA PENÍNSULA

### *Los lusitanos.*

Con el nombre de Lusitania se conoce una provincia del Imperio romano y una región de la España antigua que es la que ahora nos interesa. Consideramos pueblos lusitanos, dejando fuera a los vettones (de que ya hablamos antes, a todos los que habitaban el oeste peninsular, ocupado hoy por Portugal, desde el Duero hasta el Algarve, y entre los cuales hay que contar, aparte de los «cuneos», «cinetes»<sup>1</sup> del extremo sur relacionados con los turdetanos o tartesios desde épocas muy antiguas, a los «celtas» o «célticos» de la parte meridional del Tajo<sup>2</sup>, a los «lusitanos» propiamente dichos que llegaban del Tajo al Duero<sup>3</sup> y de los cuales una fracción parece que era la de los turduli veteres<sup>4</sup>. Todos los geógrafos y escritores antiguos están de acuerdo en considerar la zona próxima a la costa que se extendía entre los dos referidos ríos como una de las más fértiles conocidas en su época. Pero señalan también el desequilibrio social que reinaba en ella<sup>5</sup>. Varias son las causas de esto y una de las fundamentales acaso la de que junto a las vegas magníficas que parecen haber sido uno de los núcleos más viejos del cultivo de plantas<sup>6</sup> había núcleos montañosos y llanadas áridas pobladas por pastores y cazadores muy primitivos. Si en el capítulo anterior se ha señalado una diferencia económica entre los habitantes de la meseta, más dados unos que otros a la agricultura que al pastoreo, o viceversa, en Lusitania cabe señalar ésta aún exagerada. Así se explica la existencia de un capitalismo agrícola extraordinario al lado de una pobreza que instigaba a la gente que la padecía a actos de pillaje y bandolerismo. Los dos extremos se hallan muy bien representados por Astolpas y su yerno Viriato: las riquezas del uno contrastaban con la pobreza del otro<sup>7</sup> y aquellas riquezas ya se hallaban catalogadas desde tiempos remotos conforme a unas tarifas que nos revelan especiales concepciones capitalistas debidas sin duda alguna al contacto con comerciantes- del Mediterráneo.

Ya en la obra que inspiró á Avieno en su *Ora marítima* se describía una ruta comercial que iba tierra adentro desde la desembocadura del Tajo hacia la legendaria «Tartessos»<sup>8</sup>. Pero el que nos ha dado la más antigua tarifa que tenemos para el estudio de la historia económica de la Península ha sido Polibio.

La lista de precios que da Polibio, en texto conservado por Ateneo, es la siguiente: un medimno siciliano de cebada (es decir cincuenta y dos litros) costaba un dracma que, fuera de Alejandría o fuera del Ática, venía a valer alrededor de una peseta. Otro de trigo costaba nueve óbolos, o sea una cincuenta. Un metretes de vino (o sea cuarenta litros) un dracma. Un cabrito mediano o una liebre valían un óbolo, o diecinueve céntimos. Un cerdo cebado de cien minas (cincuenta kilos) de peso valía cinco dracmas, y una oveja dos, es decir cinco y dos pesetas. Un talento de higos (veintiséis kilos) costaba tres óbolos (alrededor de dos reales), un ternero cinco dracmas y un buey de arar, diez. La caza se regalaba<sup>1</sup>.

La riqueza agrícola de la Lusitania se refleja también en aquella jactancia con que los lusitanos dijeron a Graco, cuando éste los amenazaba, que tenían provisiones para diez años<sup>9</sup>. Semejante ostentación de riquezas se manifiesta también en los actos de la vida privada. Por ejemplo, era enorme el lujo con que se celebraban las bodas de los potentados lusitanos. En ellas se exponían multitud de vasos de oro y plata y tejidos preciadísimos. Las mesas se cubrían de manjares magníficos. Todo esto fue despreciado por Viriato cuando se casó con la hija del hombre riquísimo al que ya hemos nombrado<sup>10</sup>.

Había ciudades que contaban con un considerable tesoro público, y gran cantidad de trigo y caballos, como la de «Talabriga» a la que expolió Bruto<sup>11</sup> de todo esto. Pero la parte triste, la parte grave de la vida lusitana nos la reflejan textos como uno de Varrón que dice que aun en su tiempo era peligroso invertir el capital en propiedades situadas en ciertas zonas de aquella región, pues no había seguridad de poderlas aprovechar bien por las incursiones de bandoleros que tenían su refugio en los montes<sup>12</sup> a las que hay que sumar las de tribus del norte que en masa se lanzaban a empresas de pillaje.

La moral romana, que no se escandalizaba demasiado por las continuas malversaciones de los funcionarios que venían a la Península con cargos militares y administrativos, tomó siempre como pretexto para sus guerras este bandolerismo propio de sociedades bárbaras o simplemente primitivas<sup>13</sup>. Estrabón acusa directamente a los montañeses (que habitando un suelo pobre deseaban los bienes de los otros)<sup>14</sup> como responsables del desequilibrio social de la Lusitania. Es cierto que hay otros textos históricos que parecen corroborar su punto de vista. Así cuenta Dion Casio que en el monte Herminio, que debe corresponder a la actual sierra de la Estrella, vivía gran cantidad de lusitanos. César, entre el año 61 y el 60 antes de Jesucristo, les ordenó que bajaran a vivir a las llanuras, pretextando que así no podrían dedicarse al bandidaje. No obedecieron los lusitanos y se entabló la guerra. César los persiguió hasta el océano y los destruyó en la isla de Peniche al parecer<sup>15</sup>.

Pero hay derecho a pensar en la existencia de algo que no es precisamente el bandolerismo de una tribu o una ciudad, como el que encontramos en levante, en el sur (recuérdese el caso de Astapa) y más en la zona septentrional, sino un movimiento social para cuya comprensión podemos recurrir a textos relativos a épocas más antiguas que la de César.

### ***Interpretación del llamado bandolerismo lusitano.***

Cuenta Diodoro que cuando los jóvenes lusitanos alcanzaban la edad viril y se encontraban en mala situación, si tenían vigor físico y denuedo, se marchaban a las montañas y allí formaban grupos que preparaban golpes de mano sobre las poblaciones pacíficas. Estas partidas se distinguían por su ligereza y ligeramente se armaban. Hasta aquellos lugares recónditos no llegaban los ejércitos regulares y en ellos amontonaban las riquezas fruto de sus latrocinios<sup>16</sup>.

La falta de propiedad territorial era uno de los móviles para lanzarse a semejante vida. El año 151 a. de J. C. fingió el pretor Servio Sulpicio Galba que se compadecía de un grupo considerable de lusitanos que se dedicaban al latrocinio, pues, decía con malicia feroz, era la esterilidad de sus campos lo que les impelía. Confiados ellos en que les iba a dar tierras, depusieron las armas y cuando esperaban pacíficamente hizo espantosa carnicería, de la que por cierto pudo escapar Viriato<sup>17</sup>.

Lo de la esterilidad hay que interpretarlo sin duda en el sentido de que la parte rica estaba en manos de grandes propietarios y lo que quedaba libre eran páramos y serranías. Varias veces surge la posibilidad de la paz mediante una repartición de tierras en tiempos de las guerras de Viriato. Cuando Vetüio era el general romano que dirigía las campañas, los lusitanos la pretendieron alcanzar a cambio de que se los estableciera, pero Viriato los disuadió<sup>18</sup>. Muerto éste. Tautalo o Tautamo su sucesor se rindió a Cepión, que concedió a los guerreros que mandaba tierras suficientes para que no volvieran a sentir la tentación del bandolerismo<sup>19</sup>.

Los historiadores españoles han protestado airadamente de que los escritores griegos y latinos llamen siempre bandolero a Viriato: dicen éstos en efecto, con constancia de tópico, que de cazador y pastor pasó a bandolero y de aquí a general<sup>20</sup>. Aun un

historiador tan tardío como Orosio le califica como «homo pastoralis et latro» y añade que empezó como salteador de caminos y terminó venciendo a pretores y cónsules<sup>21</sup>. En parte, nuestros autores tienen razón, pues exigir sobre las cosechas próximas, saquear a los que se resistían a las exigencias<sup>22</sup>, coger en rehenes a las mujeres e hijos de los notables de las ciudades cercadas como hizo Viriato con los segovienses<sup>23</sup>, etc., eran costumbres que lo mismo caracterizaban a partidas de bandoleros, como decían los mismos romanos que eran los que luchaban contra ellos, que a un ejército mandado por un cónsul.

Muchas veces los bárbaros mismos, al entablar combate con los enemigos lanzaban primero sus ganados, para excitar su codicia y entretenerlos, estratagema que el prudente César en su lucha contra ellos despreció<sup>24</sup>. Pero, de todas formas, entre el bandolerismo de tribu como el que hay en la parte del Pirineo y el Cantábrico y el bandolerismo surgido en Lusitania existen marcadas diferencias. El primero es un acto de guerra de un estado, minúsculo si se quiere pero organizado, contra otro. El segundo es más bien un movimiento de rebeldía de clases sociales desamparadas, la de los pastores y cazadores de tierras frías, esclavos y mozos sin fortuna, contra gentes pudientes.

Las guerras de Viriato tienen, en consecuencia, un fondo social diferente al que tuvieron otras contiendas de zonas distintas: pero no fueron las primeras ni las últimas motivadas por los mismos hechos políticos y económicos.

Ya el año 193 a. de J. C., C. Flaminio en la España citerior hubo de luchar contra partidas de «bandoleros»<sup>25</sup> y aun en tiempos de César abundaban éstos en la Lusitania<sup>26</sup>: al decir de Plutarco, cuando Mario ejerció mando en la España ulterior (114-113 a. de J. C.) muchos de los iberos seguían creyendo que el bandolerismo era la ocupación más bella<sup>27</sup>, a la que se prestaban maravillosamente ciertas regiones de paisaje misterioso y sombrío digno de un pintor romántico.

Grandes bosques había en las tierras interiores de Lusitania, como aquel en que murió Vetilio, el general romano que luchó contra Viriato<sup>28</sup>. A través de ellos y de las serranías y páramos existían caminos escondidos, conocidos por los «remontados» que iban de un punto a otro con gran rapidez, sobre sus ligeros caballos<sup>29</sup>. Aquí y allá se alzaba una pequeña fortaleza, protegiendo por lo general a una aldea minúscula. Salustio recuerda las aldeas y castillos (vicos castellaque) que incendió Méteo en sus poco afortunadas campañas del comienzo de la guerra contra Sertorio<sup>30</sup>. En un castillo de éstos, el de Becor, tenía refugio particular Viriato<sup>31</sup>.

Para los rudos nombres que vivían del modo que describimos, la vejez era un mal y no apreciaban mucho a los que la habían alcanzado. Así Viriato mismo cuando derrotó a Vetilio, no habiéndolo reconocido lo mató, como hombre de ningún precio e importancia, pues estaba viejo y gordo<sup>32</sup>.

### ***Capitalismo y democracia.***

Diodoro alaba los apólogos compendiosos y las razones de sentido común que empleaba el mismo cabecilla, y reconoce que el talento natural, no moldeado por maestros, puede alcanzar grandes resultados<sup>33</sup>. Sin embargo, esta verdad no impide que a nuestros ojos las costumbres de los lusitanos aparezcan con rasgos más bárbaros y repelentes que las de otros pueblos de los descritos hasta ahora. Hay en Lusitania una mezcla extraña del refinamiento que se halla en la Turdetania con una barbarie y crueldad que no es la común en aquella región y en otras peninsulares, y, por otro lado, muchos de los rasgos políticos y sociales que caracterizan su cultura son análogos a los de los celtíberos, etc. Estos rasgos recuerdan, por otra parte, a los de diferentes pueblos

celtas en su carácter. Así hallamos entre los lusitanos la elección de jefes en asambleas populares y tumultuosas, armamento de tipo céltico, ritos funerarios y sacrificios que se parecen a los descritos por varios autores como propios de las poblaciones de las Galias y Britannia, aparte de peculiaridades lingüísticas de una gran importancia, no siendo de los datos menos importantes el de la existencia de unos celtici junto al Tajo.

Digamos primero algo sobre la elección popular, que determinaba quién había de ser el jefe en caso de guerra. Ninguno de los que conserva recuerdo la Historia es llamado régulo o rey. El año 156 debió sublevarse un grupo considerable de lusitanos al mando de Púnico. Muerto éste, después de brillantes campañas en que auxiliado por los vettones llegó hasta el sur, fue sucedido por otro jefe, Oésaro: también se sublevaron por entonces unos lusitanos de «más allá del Tajo» y a las órdenes de Cauceno atacaron a los cuneos, tomando la ciudad de Conistorgis<sup>34</sup>. Luego vienen las grandes guerras de Viriato, que fue elegido como jefe en asamblea general de guerreros<sup>35</sup>, y a la vez que Viriato ponía en mala situación a los romanos surgían otros jefes, Curio y Apuleyo, que tuvieron peor fortuna<sup>36</sup>. Estos jefes repartían los alimentos entre los suyos, generalmente pan y carne, como lo hizo Viriato en sus bodas ante el asombro de los refinados potentados de su país acostumbrados a otras maneras<sup>37</sup> y a ellos se adscribían amigos fieles hasta la muerte, siguiendo la práctica de la devotio. Los más fieles a Viriato se decía que eran Audax, Ditalcón y Minuro, corrompidos sin embargo por Cepión<sup>38</sup>, según dice Appiano: Diodoro substituye a Minuro por Nicorontes y dice que los tres eran de la ciudad de Ursón<sup>39</sup>. Pero otras fuentes coinciden con Appiano<sup>40</sup>. Muchos nombres de éstos es posible que se hallen corruptos en los textos griegos, pero en otros es fácil apreciar su celtismo: especialmente en el de «Viriato».

### ***El guerrero lusitano.***

Hay una época en la que la demarcación entre los lusitanos y los galaicos no estaba hecha del todo y ello explica que ciertos autores parezcan hablar de unos y otros (e incluso de los montañeses del Cantábrico) como si fueran pueblos análogos. Sin embargo, en estos mismos autores, entre los cuales sobresale Estrabón que, como es sabido, no dio los últimos toques a su gran obra geográfica, es posible marcar lo que corresponde claramente a los lusitanos y lo que se refiere a los «montañeses», galaicos, astures y cántabros, hasta los vascones del Pirineo occidental, que, aunque es lícito pensar que tenían entre sí ciertas diferencias étnicas, forman en conjunto un área cultural bastante homogénea que he estudiado con particular atención y a cuyo análisis se destina el capítulo que sigue; Refiriéndose concretamente aquel antiguo geógrafo a los lusitanos, dice que su armamento consistía en un escudo pequeño, de unos dos pies de diámetro, cóncavo por el lado exterior (como algunos que se ven en los vasos de Liria); escudo semejante iba sujeto con correas y no tenía asas ni abrazaderas. Sus corazas eran de lino, lo cual, desde un punto de vista etnológico, es de gran importancia, pues corresponde a un pueblo de agricultores fundamentalmente. Pocos llevaban cotas de malla. Como armas ofensivas hay que contar el puñal y la lanza, que a veces era de punta de bronce. Los cascos (y también los escudos) solían ser a veces tejidos de nervios, aunque no faltaba alguno que otro de tres cimbras. Los guerreros de a pie llevaban perneras y empuñaban varias jabalinas<sup>41</sup>. Diodoro añade que sus dardos tenían forma de anzuelo y que a pesar de ser considerados como hombres de valor excepcional eran menos resistentes que los celtíberos en los combates cuerpo a cuerpo<sup>42</sup>. Conservamos bastantes efigies pétreas de los guerreros lusitanos que debían colocarse en las sepulturas. Semejantes efigies no brillan por lo general, sin embargo, por lo logrado de su ejecución<sup>43</sup>.

Llevaban también grandes cabelleras que sacudían con fiereza al entrar en batalla, lanzando al mismo tiempo gritos salvajes y armando estrépito con las armas<sup>44</sup>. Su modo de luchar era así: formaban avalanchas que se dirigían contra el enemigo, sin guardar orden y creyendo que el valor y el impulso personal podía triunfar sobre la táctica. Aun en tiempo de las guerras entre César y Pompeyo los soldados españoles seguían tal sistema, que el primero de estos dos grandes jefes afirma que influyó de manera perniciosa sobre ciertas tropas romanas enemigas suyas, ya que es cosa común que el soldado se deje influir por lo que ve en los países donde lucha<sup>45</sup>. Durante, la paz los lusitanos se ejercitaban en una danza ligerísima y en los mismos combates, hasta llegar no muy lejos del enemigo, avanzaban a paso rítmico y cantando himnos guerreros que los historiadores griegos equipararon al «pean»<sup>46</sup>.

Las cifras que asignan los romanos a los ejércitos lusitanos parecen fabulosas. Dice Livio que en una batalla librada el año 189 a. de J. C. murieron 18.000 siendo hechos prisioneros 2.300<sup>47</sup>. Esto nos hace ver que los partes de guerra siempre han mentido: no puede haber nunca tal desproporción entre muertos y prisioneros, pero es más fácil exagerar en lo que resulta improbable que en lo que hay personas que pueden controlar más o menos. Más razonable parece la cifra de 6.000 muertos que se da como los que tuvieron cerca de Asta peleando contra C. Atinio<sup>48</sup>.

### ***Cultos sangrientos, ritos funerales.***

Cuando se trataba de obtener una paz negociada, salían unos emisarios hacia el campo enemigo con ramos de olivo en la mano, como los que llevaban los enviados a Vetilio el año 147 a. de J. C.<sup>49</sup>. Práctica corriente durante la guerra era la de amputar la mano derecha de los prisioneros y consagrarla a los dioses.

Los cultos sangrientos entre ellos se hallaban muy desarrollados. El mismo Estrabón dice que examinaban las vísceras sin separarlas del cuerpo y que del acto de tocar las venas del pecho sacaban adivinaciones<sup>50</sup>. Las vísceras de los prisioneros eran auscultadas una vez cubiertas con sagos, y de la caída de la víctima sacaban una primera predicción.

Para justificarse Galba de la pérfida matanza de los lusitanos que organizó siendo pretor, decía que la había hecho porque había descubierto que aquéllos, que se hallaban acampados junto a él, a pesar de haber inmolado un hombre y un caballo en señal de paz, querían atacarlo<sup>51</sup>. Parece, pues, que las paces se refrendaban mediante sacrificios semejantes. Muchos años después todavía seguían efectuándose con ocasiones varias en las zonas no romanizadas.

Habiéndose enterado Publio Craso, procónsul de la Ulterior en los años 96 al 94 a. de J. C, de que los bletonenses, es decir los naturales de Bletisa en Lusitania (y no lejos de Salamanca) hacían sacrificios humanos en honor de, sus dioses, llamó a sus jefes (ápxovtac) para castigarlos. Pero éstos demostraron que desconocían las leyes que prohibían tales sacrificios y Craso los dejó en libertad, prohibiéndoles que los volvieran a llevar a cabo<sup>52</sup>. Con motivo de la muerte de algún personaje los sacrificios se multiplicaban llevándose a cabo diversos actos de ostentación simultáneamente. Así, por ejemplo, sabemos que el cadáver de Viriato fue vestido con toda esplendidez y quemado en una pira enorme. Muchas víctimas fueron inmoladas mientras que los soldados celebraban simulados combates en derredor, cantando sus glorias. Cuando se extinguió el fuego tuvieron lugar combates singulares sobre su túmulo<sup>53</sup>. En ellos dice Diodoro que intervinieron doscientas parejas de luchadores<sup>54</sup>.

En cuanto a la estructura urbana y a las unidades sociales, se notan matices y diferencias sensibles con respecto a las regiones ya estudiadas. Que cada ciudad tenía unas

autoridades o magistrados a la cabeza se ha visto por el caso de Bletisa. Pero si en la región vetónica las casas dentro de los recintos amurallados no guardaban gran orden, las ciudades lusitanas eran aún más abigarradas e informes. Dos eran las más importantes, la actual Lisboa y Morón, rodeadas de campos fértiles y con un gran comercio fluvial<sup>55</sup>. Pero al sur del Duero los lugares excavados de mayor importancia para nuestro estudio son castros como el de Santa Olalla y necrópolis como la de Alcacer do Sal. En ambas localidades se observan influencias turdetanas y tartesias. Las casas no eran circulares, como veremos que eran las de los numerosos castros del norte de aquel río, sino rectangulares; la cerámica y el ajuar en general reflejan relaciones comerciales con fenicios, griegos y cartagineses<sup>56</sup>. Más al sur, en la zona del Algarve y el Alentejo bajo, la influencia tartesia se aprecia incluso en el sistema de escritura. Hay, en efecto, una serie de sepulturas en Ourique, Bensafrim, etc., en que las losas que forman la cista ostentan inscripciones que son parecidas a las andaluzas<sup>57</sup>.

Los pueblos que las grabaron, sin embargo, parece que fueron los «cuneos» y «célticos» de los autores clásicos, cuya capital era «Conistorgis». La sequedad y aridez de este extremo meridional y occidental de España puestas de relieve por algunos autores a los que Estrabón, con su peculiar tendencia a la polémica, rebatió sin grandes pruebas<sup>58</sup>, se hallan comprobadas por textos fidedignos y alusiones pasajeras. Sabemos que los habitantes de la ciudad Lacobriga, situada en el Algarve, cuando fueron sitiados por Mételo no contaban sino con un pozo de agua en el interior. Salvólos Sertorio de la muerte, enviándoles 2.000 pellejos con agua por un camino montañoso en el que su viejo rival no podía atacarle<sup>59</sup>.

La mezcla de capitalismo y miseria que hemos señalado, la real influencia de los invasores celtas sobre una masa obscura de gentes numerosas asentadas en el país desde épocas remotísimas, la falta de armonía en los elementos de la cultura son rasgos suficientes para caracterizar al pueblo lusitano con quien los soldados de Boma hubieron de luchar sin demasiada gloria.

Podemos decir de él que participa de ciertos rasgos de los pueblos del sur, otros le son comunes con los de la meseta y, por último, muchos son semejantes a los de los del norte. Hoy día mismo Portugal, al español que está acostumbrado a las divisiones regionales de su patria, le desorienta un poco, porque ve convivir en aquella nación rasgos que él casi, siempre ha visto desunidos al lado de bastantes que desconoce. Señalemos también, como particular de la Lusitania antigua, la existencia de la poligamia, atestiguada por una anécdota que se pone en boca de Viriato.

Contó éste a los habitantes de la ciudad de Tuca que un hombre de edad regalar tomó dos mujeres. La más joven, para que se semejava más a ella, le arrancaba las canas, mientras que la más vieja, con el mismo fin, le arrancaba los cabellos negros, hasta que se quedó calvo. Lo mismo, según Viriato, les iba a pasar a los de la ciudad de Tuca, porque no se decidían ni en favor de los romanos ni en favor de los lusitanos, de suerte que quedarían arruinados<sup>60</sup>.

NOTAS

- 
- <sup>1</sup> Avieno, 201, 205, 223; Herodoto, IV, 49. La forma romana es «cunei» según Schulten, y la griega «cynetes». Pero Polibio, X, 7, 4 da Κοῦνοί y además tenemos «Conimbriga» y «Conistorgis» (Schulten, F.H.A., III, p. 97).
- <sup>2</sup> Ptolomeo, II, 5, 5.
- <sup>3</sup> Ptolomoo, II' 5, 6.
- <sup>4</sup> Ptolomeo, II, 5, 2; Pítalo, N.H., IV, 21. La Geografía antigua de la Lusitania ya esta bastante bien esbozada en Plórez, «España Sagrada», XIII (ed. Madrid, 1816), pp. 1-72.
- <sup>5</sup> Este desequilibrio en realidad no ha sido mitigado sino muy modernamente.
- <sup>6</sup> Véase cap. II.
- <sup>7</sup> Diodoro, XXXIII, 7, 1-7.
- <sup>8</sup> Avieno, 178-182, parece describir un camino que partirla de la desembocadura del Tajo aproximadamente, hasta Tartessos y en cuyo recorrido, andando, se tardarían cuatro días, camino que Schulten, F.H.A., I, Pp. 92-93, supone hecho Por los íocenses.
- <sup>9</sup> Ateneo, 330; Polibio, XXXIV, 8, 4; Schulten, F.H.A., II, Pp. 140-141.
- <sup>10</sup> Frontino, III, 5, 2.
- <sup>11</sup> Diodoro, XXXIII, 7, 1.
- <sup>12</sup> Appiano, «Iber.», 75.
- <sup>13</sup> «ft.r.», I, 16, 2.
- <sup>14</sup> III, 3, 5 (154).
- <sup>15</sup> Dion Casio, XXXVII, 52; Schulten, F.H.A., ".V, p. 13.
- <sup>16</sup> Diodoro, V, 34.
- <sup>17</sup> Appiano, «Iber.», 58-60.
- <sup>18</sup> Appiano, «Iber.», 61.
- <sup>19</sup> Appiano, «Iber.», 72; Diodoro, XXXIII, 1, 3.
- <sup>20</sup> Schulten, F.H.A., IV, pp. 130-134, 327-331.
- <sup>21</sup> V. 4, 1. Cür. Livio, «per.», 52.
- <sup>22</sup> Appiano, «B>er.», 64.
- <sup>23</sup> Ps. Frontino, IV, 5, 22
- <sup>24</sup> Dion Casio, XXXVII, 52.
- <sup>25</sup> Livio, XXXV, 7, 6.
- <sup>26</sup> Dion Casio, XXXVII, 52
- <sup>27</sup> <Mario>, 6. Recientemente ha vuelto a reunir todos los materiales sobre el tema A. García Bellido, «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma» (Madrid, 1945), 68 pp.
- <sup>28</sup> Appiano, «Iber.», 63.
- <sup>29</sup> Appiano, «Iber.», e2.
- <sup>30</sup> «Hist.», I, 112; Schulten, F.H.A., IV, pp. 174, 353.
- <sup>31</sup> Appiano, «Iber.», 65.
- <sup>32</sup> Appiano, «Iber.», 63.
- <sup>33</sup> XXXIII, 7, 5.
- <sup>34</sup> Appiano, «Iber.», 66-57.
- <sup>35</sup> Appiano, «Iber.», 61-62.
- <sup>36</sup> Appiano, «Ibor.i», 68.
- <sup>37</sup> Diodoro, XXXIII, 7, 1
- <sup>38</sup> Appiano, «Iber.», 71.
- <sup>39</sup> Diodoro, XXXIII, 21.
- <sup>40</sup> «Pap. Oxyrh.», 197.
- <sup>41</sup> III, 3, 6 (154).
- <sup>42</sup> V 35.
- <sup>43</sup> P.' Paris, en su «Essai...», I, pp. 64-79, ya pudo hacer un estudio detallado acerca de ellos gracias a la infatigable laboriosidad de los arqueólogos portugueses, que hoy día sigue.
- <sup>44</sup> Appiano, «Iber.», 67.
- <sup>45</sup> «B.c.», I, 44.
- <sup>46</sup> Diodoro, V, 34.
- <sup>47</sup> Livio, XXXVII, 57.
- <sup>48</sup> Livio, XXXIX, 21.
- <sup>49</sup> Appiano, «Iber.», 61.
- <sup>50</sup> Estrabón, III, 3, 6 (154).
- <sup>51</sup> Livio, «per.», 49.
- <sup>52</sup> Plutarco, «Quaest. rom.», 83; Schulten, F.H.A., IV, pp. 152-153, 342.

---

<sup>53</sup> Appiano, «Iber.», 71.

<sup>54</sup> XXXIII, 21. Recordemos que entre las costumbres de los galos y las de los lusitanos hay en éste y otros aspectos analogías muy notables: los ritos mortuorios de los galos los describió ya César, «B.g.i, VI, 14,19. Diodoro, V, 2S, 6 y otros dan detalles, coincidentes con los arqueológicos. De los sacrificios humanos también hablan: Diodoro, V, 31; etc.

<sup>55</sup> Estrabón, III, 3, 1 (152).

<sup>56</sup> Fueron publicados estos hallazgos por Estacio da Velga en sus «Antigüedades monometales do Algarves IV (Lisboa, 1891).

<sup>57</sup> Parecen corresponder, a causa de la fecha que se puede dar a hallazgos contiguos, al periodo púnico.

<sup>58</sup> XVII, 3, 10 (830) contra Posidonio, que señaló la «oscuridad del occidente de la Mauritania y de la parte que nos ocupa.

<sup>59</sup> Plutarco, «Sert.», 13.

<sup>60</sup> Diodoro, XXXIII, 7, 5.